

---

## CAPITULO XXXIII.

### LA REACCION.

El siglo décimo-octavo habia completado su obra fundando la educacion democrática, que debia en tiempos muy posteriores dar todas sus consecenencias necesarias. Al comenzar el siglo décimo-nono, comenzaba con él tambien una reaccion vergonzosa. No está en nuestras manos cambiar ciertas leyes sociales cuya razon no comprendemos con la inteligencia, pero cuya fuerza, cuya fatalidad sentimos sobre las espaldas. La revolucion francesa habia tenido, como la humanidad, su paraiso. Mil setecientos ochenta y nueve será siempre la fecha de esta edad venturosa. Todas las esperanzas la sonreian, todos los corazones la saludaban, todos los pensadores vislumbraban horizontes infinitos llenos de luz. Pero el progreso no sigue una línea recta. La humanidad no tiene un crecimiento continuo. A las revoluciones suceden las reacciones; al impulso el retroceso, como si el mundo fuera un péndulo. Hay indudablemente dentro de la sociedad fuerzas que empujan hácia adelante, y fuerzas que detienen y á veces empujan hácia atrás. Hay vapor y freno como en nuestras locomotoras. Por regla general, los filósofos son los que impulsan, sin mirar los obstáculos, como que trazan un plano ideal. Y los hombres de Estado son los que contienen, como que han de realizar ese plano, y para ello necesitan tiempo, mucho tiempo, y espacio, mucho espacio, porque toda la tierra, de que podemos disponer, se halla ocupada por las instituciones antiguas, muchas veces fuertes y arraigadísimas. Luego, las nuevas ideas tienen sus inconvenientes; la nueva vida sus enfermedades. Y sucede en la sociedad con las instituciones recién nacidas, lo mismo que con los seres recién nacidos en la naturaleza. La muerte es en ellos más frecuente y más fácil. Así la revolucion francesa trajo el mal de la demagogia, es decir, el exceso de la democracia. Los reyes que odiaban democracia y demagogia, buscaron en los errores de esta pretesto para acabar con los derechos de aquella. Provocada la guerra, tuvo la democracia que ser guerrera;

siendo guerrera tuvo que ser militar, y siendo militar tuvo que erigir un gefe, y este gefe restauró la monarquía en castigo de las culpas demagógicas, y destronó á los reyes en castigo de las culpas monárquicas. Entonces Alemania fué conquistada.

Los reyes habian querido tener pueblos de siervos, y los siervos carecian hasta del sentimiento de pátria. La gran revolucion no habia dorado con sus rayos más que las cimas de la inteligencia. Entonces comprendieron los filósofos, los reyes del entendimiento, que era necesario convertir las abstracciones en realidades sociales, amasar con la levadura de la idea el pan necesario para el alma del pueblo. Y los reyes hereditarios comprendieron tambien que se necesitaba para crear soldados, crear antes ciudadanos, y que solo crea, solo tiene fuerza creadora el principio divino de la libertad. Promesas de reformas cayeron desde las cimas de los tronos durante la guerra de la Independencia, promesas recogidas y olvidadas despues de la victoria. Faltaron los tiranos á la fé que tenían prometida y jurada á los muertos; á los que se sacrificaron en cien batallas y cayeron contentos no solo por la material pátria de la tierra, sino tambien por la ideal pátria del derecho. Todo el resultado que vino á dar la guerra de la Independencia se resumió en el reinado de la Santa Alianza, una ignominia tan grande como la conquista.

Entonces sobrevino una reaccion religiosa. Muchos creyeron que tantas desgracias se debian al triste olvido de la religion protestante. De aquí el misticismo que se apoderó de tantas inteligencias, de aquí éxitos fabulosos incomprensibles como el éxito del *Genio del Cristianismo*, libro de bello estilo literario y de ningun valor científico. Pero las manos se alzaron al cielo en demanda de paz, de mise-

ricordia para la tierra, y una muchedumbre de sofismas secundaba la gran reaccion política. Estados iguales presenta la Historia. Cuando se caia la civilizacion antigua, más por fuerzas interiores descomponentes que por el asalto de los bárbaros, volvíanse á una todos los sacerdotes hácia los templos de los dioses, y los abrian de par en par, y enseñaban los pórticos sin ofrendas, las aras sin víctimas, el altar sin fuego, atribuyendo á la ausencia de la fé, la ausencia del poder y de la victoria. Así en el mundo moderno, en nuestros mismos dias, se resucitaba todo lo antiguo. Unos ponian ante los ojos de su siglo el poder y la fuerza social de las antiguas religiones con toda su simbólica. Pero otros no se contentaban con estas reacciones arqueológicas de la pura esfera científica. Querian llevar la reaccion de la ciencia á la vida, y habia quien demostraba que las almas se desligaban de los cuerpos y vivian por sí, en sí, pudiendo volver cuando quisieran á la tierra, con lo cual era muy legítima la creencia en los aparecidos; y otros, más dementes aún, trataban de probar que los fantasmas eran tan numerosos y tan ciertos como los séres vivientes, y que se podia llegar á ver las almas condenadas y las almas beatíficas, porque las primeras eran verdes y amarillas las segundas. Tristemente se inauguraba el siglo décimo-nono. De aquellas alturas donde brillaba la idea del derecho y de la justicia, donde nacia la idea de la humanidad y de su universal espíritu, habia caido rodando en los abismos donde yacian los leprosos de la Edad-Media con sus enfermedades nerviosas de terrores sin motivo, de apariciones sin sentido, de fantasmas sin realidad: sueños de la demencia, contradicciones con la naturaleza, conjuros lanzados al progreso, ofensas hechas á Dios.

## CAPITULO XXXIV.

### JENA Y TUBINGA.

En esta crisis religiosa produjéronse dos escuelas que verdaderamente habian de tener, á pesar de su carácter teológico, poderosísimo influjo en el movimiento político. Era una de ellas la escuela de Jena. Era otra de ellas la escuela de Tubinga. Las dos querian avivar el espíritu religioso, y para avivar el espíritu religioso querian quitar de la religion todo cuanto pudiese ofender al carácter y á las creencias universales del siglo décimo-nono. Hay en religion un elemento que hasta ahora le ha sido necesario, indispensable, y que es el escollo en el cual se han estrellado todos los apologistas, el elemento del milagro. Si lo sosteneis, imposible que un siglo tan adelantado en ciencias físicas y naturales comprenda ni una palabra de esa religion; y si lo quitais, imposible sostener una religion nacida del milagro, promulgada entre milagros y por milagros difundida. Estas dificultades se presentaban á los ojos de los pensadores de una y otra escuela. Los de Jena contradecian, negaban resueltamente el milagro; ó lo explica-

ban de tal suerte, y por medios tan naturales, que se desvanecía y disipaba. Los de Tubinga tenian espíritu más de conciliacion y de armonía, comprendiendo que despojaban á la religion de su esencia al despojarla del milagro.

Se ha llamado á la primera tendencia, á la que extirpa el milagro, tanto de la naturaleza como de la religion, tendencia racionalista. El más batallador entre los teólogos racionalistas es el célebre Juan Federico Röhr, que desde fines del siglo pasado hasta mediados de este siglo ha combatido con igual energía, muy cercana de la aspereza, á todos aquellos tenaces en conservar lo que él denominaba parte mitológica del Cristianismo. Para este autor asperísimo los ángeles que rodean la cuna del Salvador y despiertan á los pastores; la fuga á Egipto por merced y proteccion especial de la Providencia; las bodas de Canaam, donde se convierte el agua en vino; la milagrosa multiplicacion de los panes y los peces; el paso de Cristo sobre las aguas tempestuosas del mar; las piedras que se partie-

ron de dolor en la hora de su muerte; las mujeres que escucharon el relato de su resurrección; el encuentro con los discípulos después de haber rasgado el sudario; la apoteosis en el monte Thabor, iluminado por extraña y nueva luz del cielo; toda esta parte milagrosa del Cristianismo es puramente fantástica, creada por las necesidades de la predicación y creída por las supersticiones del tiempo. La razón, y solamente la razón, debe ser criterio en materias religiosas como en materias científicas. Lo que repugne á la razón por falso, ha de expulsarse de la teología por irreligioso. La religión tiene por único ministerio en la historia fundar la moralidad en la vida. El fondo del Cristianismo se reduce á varios dogmas esenciales; al dogma de la existencia de Dios y de sus atributos, y al dogma de la espiritualidad del alma y de su inmortalidad. La Cristología, con todos sus milagros, no pasa de ser una leyenda llena de bellezas, pero falta de verdad; propia á difundir la doctrina entre pueblos jóvenes, de sangre ardiente, de corazón apasionado, de exaltadísima fantasía, para quienes el dogma como el universo está poblado de increíbles maravillas; pero nosotros, hijos de la razón, conquistadores de la libertad, sacerdotes de la ciencia, para quienes la naturaleza ha ganado en sublimidad todo cuanto ha perdido en fantásticas maravillas, y para quienes la historia ha ganado en grandeza todo cuanto ha perdido en milagrosas intervenciones; nosotros no hemos menester que Cristo lleve sobre sus sienes la mística aureola de lo sobrenatural; nos basta para seguirle, creerle é imitarle, su vida purísima, su muerte heroica, la moralidad sin mancha de sus acciones, la pureza sin sombra de sus principios, la doctrina que cae de sus labios sobre la tierra sedienta, sobre la conciencia desolada y que engendra y eleva á las alturas como vapores henchidos de vida, almas ansiosas de conocer la verdad y de perderse en el amoroso seno del Eterno.

El hombre que trató con más empeño de explicar racionalmente las páginas evangélicas fué el doctor Paulus. Su padre se había dado en tales términos á las exageraciones del misticismo, que pasó por demente entre una parte del mundo y por hereje en el seno mismo de la Iglesia. Así, Paulus decidió, en justa repugnancia á la educación recibida, no desoir, ni en teología, ni en filosofía, ni en las demás ciencias humanas la razón y sus inspiraciones. De purísima vida, de moral severa, de liberalismo ardiente, partidario del derecho, tanto en la esfera religiosa como en la esfera política, siguió sus ideas y las propagó con singular constancia hasta la hora misma de su muerte. Hizo más que Röhr. Trató de explicar histórica y naturalmente todos los milagros. Su principio de crítica es el siguiente: solo es cierto en la realidad histórica lo que es posible en la razón especulativa. Por consiguiente, hay que explicarse como natural aquello que sólo puede admitirse como milagroso. Para Paulus, para su exégesis los ángeles de Belem han sido apariciones fosforescentes, fuegos fatuos, como los que brillan en las largas noches de invierno por las tierras de pasto; las curas milagrosas han sido obra de medicinas desconocidas ú olvidadas por los evangelistas; la expulsión de los demonios remedios naturales á inveterada demencia; la resurrección de los muertos el despestar de letargos á los desmayados ó á los catalépticos; el milagro de Canaam broma de sobremesa en alegre día de bodas; la marcha de Jesús sobre el mar mala traducción de la partícula  $\epsilon\pi\iota$ , que quiere decir al rededor; y una serie de alucinaciones magnéticas, nerviosas, propias de climas orientales y de hombres ayunos la trasfiguración de Cristo en las místicas cimas del Thabor.

Los dos pensadores que acabamos de mencionar personifican las ideas capitales de la escuela teológica de Jena. En la escuela de Tubinga, sin que la esencia del racionalismo

se pierda, consérvese con mayor fé el principio de la revelación sobrenatural. Es cierto que nada contrario á la razón puede admitirse, pero también es cierto que la razón nunca hubiera llegado á su madurez presente sin las dos revelaciones bíblica y evangélica, cual no llega el hombre á su desarrollo completo si no es antes alimentado en el vientre de su madre, y aun después de nacer, sostenido y criado á femeniles pechos. La revelación, pues, y la revelación sobrenatural es necesaria para la luz de la inteligencia y para la moralidad de la vida. Cristo es hombre y Dios á un mismo tiempo; su vida, por consiguiente, divina y humana; su enseñanza de todos los tiempos y del momento histórico en que aparece; su fin perfeccionar al hombre: y la perfección está en recoger todas sus doctrinas y concentrarlas, como en su foco, en nuestra inteligencia; y mirar, y estudiar, y meditar todas sus acciones, y reproducirlas, como en su espejo, en nuestra vida. El punto esencial de la Escuela aparece, sin embargo, un tanto vago é incoloro, cuando sostiene que lo principal, lo esencialísimo á la doctrina cristiana es creer que Cristo es más que nosotros, vale más que nosotros, y que ni nosotros somos él, ni él es nosotros. Así, la Escuela de Tubinga aconseja religión sin supersticiones; fé sin misticismo; piedad sin exageración; sacrificio de sí mismo sin penitencias monásticas; culto á lo pasado sin espíritu reaccionario; confianza en lo porvenir sin utopías demagógicas; razón sin racionalismo; teología sin caer en lo exclusivamente sobrenatural y teológico.

Esta tendencia debía naturalmente engendrar una especie de eclecticismo superior y de conciliación estrecha entre los dos extremos de la escuela de Jena y de la escuela de Tubinga. Así como hay muchos teólogos, que representan la escuela de Tubinga, é indudablemente el que con más títulos y más razón personifica su dogmática, es el teólogo Steudel; hay muchos teólogos de la conciliación,

y el que con más derecho la personifica es el teólogo Wethe. Su primer principio, por el cual toda su doctrina se explica, compendíase en el reconocimiento y la admisión de otro criterio, además del criterio racional, de un criterio que puede llamarse del sentimiento, del corazón, y que nos enseña por una especie de magnetismo inexplicable algo de sobrenatural y de divino, así en las cosas como en las ideas. Su método histórico es el mismo método que condena y extirpa los milagros. Inútil discutir sobre los libros del Antiguo Testamento cuando no hay medio alguno de certificar ni su autenticidad ni su época. Los últimos libros del Pentateuco fueron escritos en tiempo de Josías, y el autor de las Crónicas recompuso y rehizo el libro de los Reyes, y de Samuel en provecho de las teocracias; los salmos de David ni son todos del rey Profeta ni tienen todos el carácter mesiánico que una crítica estrecha y *á posteriori* ha querido atribuirles. Así aplica á la historia de la religión el mismo método que Nieburh á la historia de Roma, que Wolf á la historia de Homero. Imaginaos lo que de real quedará en esa historia de la religión, cuando se entre en ella con el espíritu, que ve en los primeros tiempos de la ciudad eterna fragmentos de una epopeya perdida y en sus reyes símbolos de las ideas y de las clases en guerra; ó con el espíritu que, advirtiendo la inmensa distancia existente entre la civilización de la Ilíada y la civilización de la Odisea, borra de la realidad la persona de Homero, poeta de los pueblos, ciego como la poesía, cantor como la inspiración, que vá de puerta en puerta, y de pueblo en pueblo, al son de su cítara, refiriendo en melodiosos versos las hazañas de los dioses y de los hombres, creando el alma inmortal de la antigua Grecia. Como se vé, en esta conciliación, si la parte dogmática y el carácter divino de Cristo se salvaban, perdíase irremisiblemente la parte histórica y tradicional del Cristianismo.

El jefe de la conciliación religiosa entre la

escuela de Jena y la escuela de Tubinga, tenía profundamente arraigadas en su conciencia, y vivos y animados en su corazón los sentimientos y las ideas liberales. Corrían los tristes años que siguieron á la reacción de 1815, y dominaba en el mundo con siniestro dominio la santa Alianza de los reyes y emperadores del Norte. El congreso de Aquisgran, escuela del congreso de Viena y premisa del congreso de Verona, funestos concilios de la tiranía espirante, el congreso de Aquisgran enterraba todas las esperanzas de Alemania. Como no tenían los reyes necesidad de los pueblos para combatir al géneo de la conquista y de la guerra, los ataban nuevamente al pié de los tronos y de los altares. Presidía esta obra de servidumbre universal y de universal reacción, el Czar ruso, fantaseador un día de apocalipsis liberales, verdugo más tarde, y verdugo empedernido de toda democracia y de toda libertad. La juventud germánica que, aleccionada en sus poetas, en sus filósofos y teólogos, soñaba con una regeneración social, rugía furiosa contra la política de los reyes, resuelta á redimir del yugo la humillada cerviz de los pueblos. Tenía Alejandro de cónsul general en Alemania, régicamente retribuido, á todas horas consultado, un escritor germánico de indisputable mérito, de fecunda y rica vena, en la poesía lírica excelente, en la dramática notable, en la crítica amarga y sangrienta diestro, en la polémica combatiente aguerrido y superior; pero despreciable por su carácter, vendido á los enemigos de la libertad y de la patria, tornadizo en ideas, liberal un tiempo, cuando la voz de Dios era escuchada por su conciencia, absolutista cuando el oro de los tiranos abrigó su estómago, y en Alemania consagrado á injuriar la nación, á maldecir de sus preclaros hijos, á calumniar la juventud alemana, á sostener aquella política desoladora, henchida de sensual misticismo, y destinada á embrutecer las nuevas generaciones; política que sólo podía sostener un apóstata de la

libertad por los treinta dineros de Judas. La juventud alemana aborrecía más al cortesano de los reyes, al alemán convertido en ruso, que á los reyes mismos, y al dios de los reyes en la tierra, al emperador de todas las Rusias. Un jóven estudiante bebió á torrentes la hiel de estas cóleras nacionales, que se le subieron á la cabeza y le abrasaron en ira. De pocos años, de muchos estudios, con ideas confusas pero liberales, con sentimientos patrióticos pero exaltadísimos, habiendo leído y admirado el tipo severo de Bruto en la historia antigua, creyóse por derecho propio juez de los tiranos y sus cómplices; por derecho propio, ministro y cumplidor de la sentencia contra ellos pronunciada por la humana y la divina justicia; é invocando el número de su patria con mágicas palabras, caldeadas en el horno de sus sentimientos, y resolviéndose á morir por su patria con resolución acerada en la piedra de su fría y sólida voluntad, cogió un puñal, lo afiló, dirigióse á Mannheim, entró en casa del poeta egoísta, y á puñaladas lo mató á sus plantas, creyéndose más puro desde aquel momento, más digno miembro de la humanidad, más santo hijo de Dios. Los reyes se horrorizaron de este crimen, y los pueblos perdieron con este crimen mucho. No lo justificaremos jamás. Crimen era, y como crimen debe quedar en la tierra eternamente reprobado por la conciencia humana, y maldecido en la humana historia. Pero los pueblos oprimidos, las conciencias oprimidas, suelen apelar para romper sus ligaduras al crimen; y en algunos momentos hasta los corazones más honrados sienten inexplicables afectos por estos criminales tan grandes. Así fué el teólogo Wethe. Para consolar á la madre del jóven Land, inmolado en afrentoso patíbulo, díjole: que si bien el acto por su carácter moral era reprobable, considerado en sí mismo y consumado por un jóven purísimo y piadoso, lleno de convicciones liberales y de confianza en lo porvenir, era una señal de mejores tiempos para la pá-

tria. Esta carta le valió una destitución de su cargo de catedrático. El teólogo continuó consagrándose á reconciliar la revelación con la razón, la fé con la libertad, la democracia con el Evangelio. Y en 1842 murió sin haber interrumpido ni por un solo momento su grandiosa obra. Son dignas de meditarse las siguientes palabras de Wethe: «He sembrado la semilla, pero ignoro dónde madura la espiga. ¡Cuán raro es que se comprenda y que

se aplique bien lo aprendido en la vida! Viví en tiempos perturbados que vieron rota la unión de los creyentes, y mezcléme á la lucha, y mezcléme al combate. En vano fué, porque no he podido calmarlo. Por la libertad y por la justicia he combatido y combatiré más todavía. Fué para mí esta lucha necesidad del corazón. Mucho he sufrido, pero desearía sufrir aún más por la justicia y por la libertad.»